

transportando a conceptos abstractos las suaves palabras azorinianas, los elementos fundamentales: el color, la forma y la espacialidad. Como un cuarto elemento, la proyección sentimental en el paisaje, de constante presencia en él desde la interpretación animista del mundo que le rodea hecha por el hombre primitivo. Es también el que le llevará a *Amiel* a decir: «El paisaje es un estado del alma». Pero el estudio de este elemento conduce en una dirección tan distinta—del sujeto al objeto, del hombre al paisaje—de la que aquí seguimos y nos llevaría tan lejos, que debe quedar intacto.

No parezca que me olvido de algo tan fundamental como la luz. Pero la luz se resiste a todo análisis del tipo que pretendemos hacer. Ni aún del modo más forzado es posible considerarla como un elemento más junto a los otros. La luz es creación del primer día. Por ella todo es y sin ella nada. Las formas no existen si no las recorta, ni los colores si sus ondas no inciden sobre las superficies, ni la dimensionalidad si su etérea e impalpable matización no nos la da. Está en todas partes, incluso allá en lo más profundo de la constitución molecular de los cuerpos, donde la mirada humana no puede llegar. La luz es la que crea la unidad vivencial, la que funde las notas locales de los colores y las formas en un todo único. Sin nombrarla apenas, la tendremos constantemente presente. Impalpable y má allá de la razón queda en vuestras manos de pintores, escultores y poetas.

Vamos a estudiar a continuación, lo más brevemente posible, las relaciones de cada uno de los elementos separados—color, forma, espacialidad—, con el alma humana. Nos importa advertir por adelantado el error que supondría ver estos tres elementos tan sólo como impresiones visuales y actuando en el mismo plano. Su acción es mucho más profunda y sus efectos se ejercen—me parece que lo demostraremos—, en esferas y estratos psicológicos diversos.

